Poesía

Se produce en Manuel Alonso Alcalde el fenómeno, tan impar hoy en día como habitual en los siglos clásicos, de reunir en su persona la triple condición de poeta, narrador y dramaturgo. Esto no afecta, sin embargo, como puede comprobar el lector en la selección antológica incluida en el presente volumen, al carácter enterizo de su obra, no fragmentada, ni mucho menos, por soluciones de continuidad derivadas de su respectiva inclusión en uno u otro de los compartimentos estancos, pues su unidad, en cualquiera de las tres facetas, aparece en todo momento refrendada por un factor común: el estilo inconfundible de su autor. No obstante, para un mejor conocimiento de dicha obra y obedeciendo a razones de lógica editorial, hablaremos sucesivamente del poeta, el prosista y el autor dramático, que abarca la personalidad literaria del biografiado.

* * *

La poesía de Alonso Alcalde nunca aceptó ciertas fórmulas abstractas al uso —un uso nada novedoso por otra parte, pues lleva casi un siglo de vigencia—; según él, «*esa suerte de antirretórica acaba, a fuerza de ser utilizada sin convicción y por simple rutina, en otra retórica, sino que de signo contrario, lo que deja las cosas como estaban. Romper por romper carece de sentido si no se intenta sustituir una creación por otra de calidad más alta*». Lo cual no significa que la labor poética de Alonso Alcalde se atenga a fósiles formulaciones preceptivas, sino a otro género de condicionamientos: «*Ignoro si los versos que fluyen de mi pluma son mejores o peores, pero de una cosa sí estoy seguro: que me gusta hacerme entender, por un lado; y por otro, que el lenguaje poético exige cierta estructura íntima, una determinada música interior, si de verdad queremos hacer poesía y no prosa camuflada*».

Estas ideas las expone todavía más explícitamente en la «Antología de la poesía amorosa», selección y prólogo de Jacinto López Gorgé, editada por Alfaguara, donde dice: «*Si una "poética" no es otra cosa, en el fondo, que la personalísima manera de reaccionar ante el fenómeno poético, es lo-*

gico que deba ser considerada en todo instante en función de esa misma contingencia, en lugar de hacer de ella una convicción rígida y predispuesta. Uno, por ejemplo, comenzó su historia lírica bajo la influencia creacionista, y sus primeros y tempranos versos nacieron abrasados de rebeldía, tocados por el loco e ingenuo afán de llenar el vacío que habrían de dejar, una vez derribados, los consabidos ídolos literarios; y, sin embargo, poco tiempo después —la llamada del amor—, se vio afiliado, sin saber cómo, a la poesía-sentimiento, escribiendo sonetos a la amada y haciendo pública profesión de romántico apasionamiento; y más adelante, a los veintitantos años, evolucionando, mientras buscaba angustiosamente a Dios, hacía un tipo de poesía-idea, y a los cuarenta y cinco, tras un terrible encontronazo con Cristo, haciendo poesía-testimonio y únicamente esto... Una evolución incesante, pero lógica y eslabonada como un sorites. A pesar de todo, siempre me he resistido a las abstracciones y los hermetismos. Si el arte es comunicación, no veo el motivo para que ésta haya de producirse necesariamente en cifra o en clave, cosa que si a algo conduce —y a la vista está— es a un estéril robinsonismo intelectual, a una especie de esotérico lenguaje lírico, asequible únicamente a minorías "especializadas"...».

* * *

Tres hitos fundamentales jalonan la producción bibliográfica de Manuel Alonso Alcalde como poeta: los libros **HOGUERA VIVA** (Valladolid, «Halcón», 1948); **ANTOLOGIA INTIMA** (Madrid, «Taurus», 1964, col. «Palabra y tiempo») y **ENCUENTRO** (Ceuta, Ed. INEM, 1965). A través de dichos volúmenes puede observarse la parábola artística que ha ido describiendo el autor: amor-pasión, búsqueda de la divinidad, exaltación frente al paisaje de Castilla, en el primero; indagación de la entraña última del hombre y de las cosas, junto a una temperatura religiosa cada vez más intensa, en el segundo; y entrega sin condiciones a la llamada de Cristo, en el tercero.

Así lo han entendido también los comentaristas de su obra. Rafael Morales, por ejemplo, se manifiesta con estas palabras, al hacer la crítica de **HOGUERA VIVA:** *«Eso es, en efecto: hoguera viva donde se quema su magnífico corazón de gran poeta... Es éste uno de los libros de poesía que más me han conmovido de los de posguerra»;* y Gabriel Celaya, por su parte: *«una poesía sabrosa, bien agarrada por dentro.»* Angel Valbuena Prat, en su «Historia de la Literatura Española» se expresa, al referirse a nuestro

autor, en estos términos: «*Manuel Alonso Alcalde domina el soneto en* **HOGUERA VIVA,** *y en líneas dominadas de técnica, palpita en el amor o el ansia religiosa su mundo íntimo de inquietudes... En otro tipo de verso, hay este acierto exacto y terrible:*

Un árbol solo que sostiene
todo el dolor del mundo.

Una geometría de trazo de Mantegna, diríamos, clavada en el paisaje solo del existencialismo...»

«*Sus poemas asombran por la intensidad de su lirismo, su cuidada expresión formal, su autenticidad humana* —afirma otro crítico—. *Es, sin duda alguna, uno de los más importantes poetas de ese tiempo en que tan alta calidad se ha logrado para la poesía... Ha ido delante de los movimientos literarios de su tiempo.*»

* * *

Después de las opiniones transcritas, el lector tendrá ocasión de comprobar por sí mismo la veracidad de las mismas al leer los poemas de **HOGUERA VIVA** que incluimos a continuación, en los que no resulta difícil descubrir los tres temas que aparecen constantemente en la obra de nuestro biografiado: «amor-pasión», como él mismo lo describía; «paisaje», trascendido a la propia mismidad del poeta —en especial paisaje de Castilla, y más concretamente, de Valladolid— y «ansia religiosa», tratados con su imaginación permanentemente en ebullición, esa facilidad para el verso que siempre mana, esa ternura que aflora en la palabra, esa imagen, esa metáfora al servicio del intento poético, que revelan su autenticidad de poeta iluminado, trascendido, cabal.

Aunque, previamente a dichos poemas, transcribiremos otro, nunca incluido en libro y primero publicado en periódico por su autor —publicación que tuvo lugar en el vallisoletano «Diario Regional»—, en cuyas perfectas estrofas, llenas de calidez y originalidad, late ya esa «preocupación paisajística» a que acabamos de aludir:

LA CAZA

Mi voz apaga el grito matutino
—columna de mi pecho levantada—
del primer pajarillo cristalino.
Nace mi sombra tímida y mojada
—no sé si sombra mía, si de pino—,
y va aprendiendo el mundo mi pisada,
llegada aquí de la ciudad remota
a ver llorar las ramas gota a gota.

Lleva el pastor, por donde el silbo quiere,
reducido el rebaño, y amansado,
mientras la hierba que, mordida, muere
bajo el primer tañido del ganado,
llega a saber que hasta una esquila hiere.
Lejos, como un clarín inesperado,
pica un gallo la luz recién nacida,
trémula, inexplicable, amanecida.

Andarín primerísimo del día,
espanto urracas y despierto cerros,
mientras brilla, nocturna todavía,
la sombra de una punta de becerros.
Soy aprendiz del alba, en compañía
del aliento mojado de mis perros,
y en sus ojos —oh, gozo de este instante—
me contemplo, ya vivo y caminante.

Un chortal dulcemente clandestino
que un brillo apenas al correr delata,

se atraviesa de pronto en mi camino
—con una húmeda sombra en cada mata,
un musgo en cada juncia, en cada pino,
y el hilo improvisado que los ata—,
donde, para ocultarme, me recibe,
la penumbra continua que allí vive.

Con un junco a mis párpados cercano,
aquí ya, sobre el césped, distendido
y escuchando al alcance de mi mano
el manantial que fluye, sorprendido
de la corriente de mi pulso humano.
Pero, acechando vuelos, el oído
desdeña, a plumas y alas sólo atento,
este rumor que constituye el viento.

Los juncos tienen voz en esta hora:
altos alumnos de la luz, me cuentan
lo que contemplan desde arriba ahora:
así sé que las nubes apacientan
su serena orfandad madrugadora
y que los tesos hacia el sol se orientan
para saber qué campos se les nombra
por donde deben conducir su sombra.

De inesperados pasos sorprendido,
que un jadeo de ijares le seguía,
un bando de palomas, perseguido,
estrena el primer cielo de este día.
Si no lo estaba ya, por fin, al ruido,
queda despierta y fiel mi puntería
que de improviso deja la enramada
de plumón y de sangre goteada.

Convulso quedó el aire atravesado,
que, ante mis ojos, mis cabellos mueve.
Soy cazador novato y he cazado,
ya veis, esta pequeña flor de nieve
que llevo, acusadora, en mi costado,
tan dolorosa y tercamente leve.
¡Qué tonta muerte que ahora llamo mía!
¿Era luz o ceniza lo que había?

Y seguidamente, una selección antológica de «Hoguera viva»:

PROLOGO

Escribo mi pasión, mi fuego escribo,
fuego y pasión en que mi sangre habita,
esto que se atropella, que se agita
dentro de mí como un torrente vivo.

Escribo tu recuerdo que cultivo,
pena que sobre mí se precipita;
escribo el viento loco que me grita
tu nombre, escribo un nombre fugitivo.

Mi voz entera en el silencio elevo
al aire claro, a la mañana quieta,
donde, como en un vuelo, se levanta...

¡Con este peso que en mi sangre llevo,
densidad que a la tierra me sujeta,
sólo mi voz es libre, y vuela, y canta!

I

EL CORAZON EN TU AIRE

LOCO AMOR

Fluye todo mi ser a tu mirada,
suena toda mi voz ardientemente,
y va todo mi anhelo a ti, impaciente,
con una fuerza viva y obstinada.

Como una piedra sola despeñada,
voy, amando, hacia ti, tan locamente,
que el corazón, ya de rodar caliente,
toma una tierna forma inesperada.

Esto es mi amor, radiante de locura,
hermoso en la mirada como un fuego,
palpitando sin forma y sin medida.

Sólo anhelo llegar a tu hermosura
y, como el viento, desatado y ciego,
en ti dejar, al descansar, la vida.

MIRARTE

Si me hundo largamente en tu mirada,
de eternidad salgo bañado;
salgo radiante y puro, como solo,
fresco de lluvia, bajo el sol, un árbol.

Dejo entregado a tu mirada
mi ser entero, abandonado.
Mirarte es ya como una niebla,
vivir flotando sin espacio.

El tiempo —plumas, plumas sólo—
cae dulcemente, desmayando.
Y a una dorada lejanía.
se evade el mundo, así olvidado.

TUS CABELLOS

Tu cabello en el viento
es una llama oscura, es una hoguera,
es un fuego agresivo y violento.
Yo quiero estar ardiendo hasta que muera
en tu pelo, en tu fuego, en mi tormento,
en tu ardiente y furiosa cabellera.

Hoguera, viento, noche, llamarada,
llenos están mis huesos
de tu cálida sombra perfumada.
Te tengo entre mis labios, furia amada,
cabellera mordida por mis besos.

LEJANA ESTAS

Lejana estás como los montes últimos
heridos dulcemente por la sombra.
Ya no te alcanzo con mis voces,
aunque desesperadamente se prolongan.

Estoy bajo los cielos
como una peña levantada y sola;
entrañado en los cielos,
en su absoluta soledad redonda.

Los brazos se me escapan
como dos ramas amorosas;
a ti se alargan, tienden, pero soy como un árbol
y unas raíces me encadenan, sordas.

Mi voz como la luz resbala;
suavemente hacia ti se ahonda.
Es como el mar: refluye siempre
hacia su playa luminosa.
Pero ha entrado en mis huesos
la soledad con lengua abrasadora.

CON ESTA VOZ

Con esta voz ardiente te he llamado,
con esta voz, con esta viva hoguera.
Así todo mi amor, mi voz entera,
clama con un anhelo apasionado.

Clama por ti, te busco enamorado
con mi total, con mi febril ceguera;
voy buscando tu hermosa primavera
como un viento a seguirte destinado.

Amarte no es soñar una mirada;
es buscar una sombra eternamente;
es buscarte con voz desesperada.

Es seguirte, tenaz como un lamento,
ir diciendo tu nombre ardientemente
y agotando mis voces en el viento.

II

NOCHE DEL HOMBRE

DECIDME

A Miguel Delibes Setién

¿Por qué este ansia, este amor, estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de carne que movemos?

¿Y por qué en esta presencia donde vamos
encadenados ya para la muerte,
hay tanto fuego, hay un clamor tan fuerte
que hasta los cielos saben que lloramos?

Decidme, hombres, que sufrís conmigo
la misma lumbre viva en que me abraso,
la misma angustia que a mi ser va unida.

Desconocido hermano, padre, amigo,
¿alguno entre vosotros sabe, acaso,
por qué es la muerte así, por qué es la vida?

RIO DEL HOMBRE

A Antonio G. Quintana

Debajo de mi ser corre la vida
profusa y desatada como un río;
si hundo mi mano en ella, siento frío,
pero no puedo detener la huída.

Ciegamente me pasa su corriente,
y, en ella, el corazón, abandonado,
como una fruta se me va empujado,
siempre empujado y siempre ciegamente.

¡Este río del hombre, que nos lleva
con toda nuestra angustia enardecida!
¡Este brotar, este fluir constante!

¡Esta carne doliente siempre nueva
porque es nuevo el amor en cada instante
como es nuevo el dolor en cada herida!

FLUIR

A Fernando González

Estoy cansado hasta lo inexpresable
de esta lenta, lentísima agonía;
de mi lento brotar de cada día;
de mi largo fluir interminable.

Cansado de esta muerte sin reposo,
de esta corriente, irrefrenable y fuerte,
que lleva cada instante hacia la muerte
como a un oscuro río silencioso.

De no poder hacer eterno y mío
un segundo de amor, bello y fragante,
porque un río tenaz lo va empujando.

Pero ¿siempre este bárbaro y sombrío
destino de nacer en cada instante?
Pero ¿siempre morir? Pero ¿hasta cuándo?

DIOS

A José García Nieto

Inesperadamente levantado,
con su gran sombra, Dios ha aparecido,
como, de pronto, sobre el mar surgido,
un arrecife informe y encrespado.

Es Dios, entero sobre el mar naciendo;
agrandando su sombra como un monte;
es Dios, creciendo sobre el horizonte,
surgiendo ingente como un sol tremendo.

Así va proyectando su presencia,
como una lenta nube que resbala,
y cubriendo con ella, inmenso, el mundo.

¡Y es como un arbolillo mi existencia
si se detiene y sobre mí se instala,
con su gran sombra, Dios, vasto y rotundo!

ASCENSION A DIOS

¡Qué llamas retorcidas, de qué hoguera,
éstas que así se ciñen a mi tronco,
como una encina, como un árbol bronco
que revuelve en sí mismo su madera?

¿Por qué van retorcidos mis anhelos,
no como nobles troncos levantados?
¿Por qué van tortuosos y angustiados
—espiral ascensión— hacia los cielos?

¿Por qué no vertical, por qué no erguido
voy, Señor, como un monte, a tu llamada?
¿Por qué siempre nudoso y retorcido?

¿Por qué sé que te busco y que te quiero
y no voy recto a Ti como una espada?
¿Por qué, si tengo el corazón certero?

LLENOS DE DIOS

Llenos de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo,
como los ríos por los campos
llenos de cielo.

En Dios hundidos, caminamos,
como por una niebla, ciegos.
El nos envuelve con su sombra
como un inmenso monte quieto.

Flotan en Dios, puras, las almas,
como las nubes en el viento.
Llenos de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo;
la luz de Dios entra en nosotros
como en un río el cielo.

III

LA SOLEDAD Y LA TIERRA

I

A los hermanos Antonio, Miguel
y Lorenzo Frechilla

Un hombre solo frente al mundo,
frente a las tierras derramadas.
Un hombre solo ante la tierra,
mientras el viento, entero, pasa;
crecido, entrándose en los cielos
como una viva y recta llama;
la soledad con él crecida,
con él izada y encumbrada.

La tierra, oscura de silencio,
bajo los cielos, honda y larga.

III

A Francisco J. Martín Abril

Un árbol que sostiene
todo el dolor del mundo.
Un árbol, silenciosamente aparecido
sobre las tierras largas, único.

¡Y puede ser la vida un árbol,
a contraluz, desnudo!

El sol ya pesa, crepitando,
poniente, último.

Un árbol solo. Un perfil solo
sobre las tierras largas, mudo.

Resbala un ave en el silencio,
de pronto impuro.

VIII

Como los pinos hombres; hombres
hacia la luz, sobre la tierra:
loca carrera desbandada
entre raíces, entre nieblas.

Tiemblan las frescas copas duras
—redonda sombra—. Hombres caminan
sobre la tierra, hacia la luz.
—El viento, denso de resina—.

Caminan locos, se adelantan,
ciegos de luz, de sol hiriente...
Surge, fugaz, un ave. El cielo,
para su fresco vuelo, crece.

X

El viento enciende las tierras.
Un fulgor gris y tremendo
palpita, de pronto, en ellas.

El aire es un bloque entero,
pedernal de lumbres lívidas,
encumbrado hasta los cielos.

La tormenta, sorda y grave,
pasa enorme, gravitando
sobre los campos de nadie.

XII

Los pinos húmedos tienen
una inefable ternura.

Desciende lenta, inasible
—ramas trémulas—, la lluvia.

De la madera gotea
una tenue luz oscura.

Resuenan solos mis pasos
en la tierra opaca y húmeda.

Y huele la tarde toda
a fresca resina pura.

XIII

Tierras con frío. La luz,
tibia y triste, ahonda y lame
cumbres pulidas, heladas
duramente bajo el aire.

Yo solo junto a los cielos,
lámina constante y fría.
La soledad es un árbol.
en las tierras infinitas.

El viento, aristado y duro,
sobre los campos de nadie.
La tierra cruje, pisada
por el viento solo y grande.

XV

A UNOS CERROS

A Victoriano Crémer

¿Qué sorda voz, qué cielo de locura
levantó esa ceniza enardecida?
Ved: son los cerros, tierra detenida
en medio de una loca sed de altura.

Me duele como mía su blancura,
no de rosa feliz, fresca y henchida,
sino de cal febril y enloquecida,
de sol pesando con su luz más dura.

En los cielos inmóviles y hondos,
entran airadamente como lumbres
esos cerros pelados y redondos.

He aquí el silencio, pedernal ardiente
que va abrasando el roce de esas cumbres
donde el viento de Dios caer se siente.

IV

SALIENDO DE LA NOCHE

A Rafael Montesinos

Saliendo de la noche el mundo es puro,
hermoso, fresco, húmedo y reciente;
con un latir jugoso se le siente,
como un fruto redondo bien maduro.

Cada cosa renace, iluminada,
con su inocencia, su candor primero.
El mundo surge hermoso, brilla entero,
en esta limpia luz recién creada.

Dios hizo el mundo, lo hizo de la nada,
de una niebla radiante y cegadora,
de una luz no tocada todavía.

Pero la Creación no está acabada,
que nace destinada a cada aurora
a hacer de nuevo el mundo cada día.

ALBA

A Angel de Pablos

Como una fresca fruta matutina
billa el mundo purísimo y reciente,
y en el silencio suena extrañamente
mi primera palabra cristalina.

Viene cargado de nocturna ruina
el viento iluminado e inocente,
y hace latir las frondas tenuemente
una trémula mano repentina.

Gira la noche, resbalando entera
a una rosada sombra de montañas,
y esplende, iluminada, tu hermosura.

Huele a hierba tu ardiente cabellera,
y algo que hay vegetal en mis entrañas
a ti me acerca en la mañana pura.

VIVA ROCA

A José María Luelmo

Con mi tremenda vocación de roca
se van volviendo piedras mis entrañas
y en mis últimas venas soterrañas
granito es ya cuanto mi sangre toca.

A mi alma ciegamente le sofoca
esta opresión naciente de montañas
y se quiebran mis huesos como cañas
bajo su furia desplomada y loca.

Soy como un tierno mineral crecido
bajo el oscuro peso de una peña
y en sus puras raíces entrañado.

Así mi corazón intacto, hundido
en su mina de sombras, vive y sueña
mientras late su brillo sepultado.

LA SANGRE

A Ricardo Juan Blasco

Es la sangre que rueda silenciosa
por mi áspera y humana encarnadura,
oculta siempre, pero siempre hermosa.

La oigo fluyendo dulcemente, pura,
como una tierna savia repartida,
por todo el gran dolor de mi estatura.

La sangre, el fuego oculto de la vida,
en mi noche interior abandonada,
se me agolpa a la luz de cada herida.

Aunque, a veces, me suena arrebatada
e invade el pozo oscuro de mi arcilla
encendiendo de amor mi tierra helada.

Debajo de mi ser la sangre brilla
como una bella lámpara radiante,
difundida hasta la última venilla.

¡Oh, sangre fidelísima y constante,
escucho tus llamadas en mis sienes
y te tengo conmigo en todo instante!

Tú que la hoguera de este amor sostienes,
eres tan mía, tan a mí ceñida,
que hasta las puntas de mis dedos vienes.

Te llevo enamorada y encendida,
bajo esta carne, lo que duele y pesa;
te llevo, sombra ardiente de mi vida,
a mí pegada y en mi ser impresa.

EPILOGO

A TI SOLA

Yo sé que has de mirar como espantada,
cuando la muerte, a plomo ante mí abierta,
me derribe en su oscura grieta incierta
como una sorda piedra despeñada.

Yo sé que has de buscar, enamorada,
mi voz donde se oculte, muda y yerta,
sin saber que está aquí viva, despierta,
henchida, virginal y apasionada.

Estoy aquí, ya para siempre vivo,
latiendo para siempre con mi hoguera
y suelta ya de mí mi voz ardiente.

Recógeme de esta pasión que escribo,
que vive con mi vida, aunque yo muera,
y con mi voz te llama eternamente.

En **ANTOLOGIA INTIMA** lleva el autor a cabo una selección de su propia obra lírica publicada hasta el momento de salir a luz el volumen, aparte de incluir en éste, también, una serie de poemas no recogidos hasta entonces en libro, entre los que se cuentan, como verá el lector, los memoriales líricos dedicados a Ceuta, ciudad que Alonso Alcalde cantó con apasionado fervor.

Fue esta **ANTOLOGIA** recibida con unánime aceptación de la crítica, por la rara originalidad de la temática de parte de su contenido —por ejemplo, la dedicada a cantar, con melancólica intensidad, a nuestros lejanísimos ancestros prehistóricos—; la perfección, aún más depurada que en estadios anteriores, de sus sonetos —los dedicados a Ceuta, verbigracia—, y el fustigador flagelo que hace el autor restallar en otros poemas, como los titulados «Llanto por los muertos» y «Elegía a las once».

Dámaso Alonso escribió sobre **ANTOLOGIA INTIMA** diciendo que se trataba de *«un libro lleno de auténtica emoción, de esa emoción que yo creo que es necesaria a la poesía»*, y Rafael Morales: *«En los habituales temas de Alonso Alcalde* —amor, paisaje y muerte— *el impulso religioso se hace cada vez más reflexivo en* **ANTOLOGIA INTIMA,** *aunque nunca falte en sus poemas la encendida manera expresiva de la primera época del autor».*

Y ahora, una breve antología de esa **ANTOLOGIA:**

LAS COSAS

ISLAS

Las cosas, tan recónditas,
tan de sí mismas siempre,
ceñidas por perfiles,
límites y contornos.

¿Cómo asignar certezas
a su escondido fruto?
No, obstinadas, hostiles,
se resisten: son islas.

¿Quién dice que no quedan
por los mapas regiones
aún ignoradas? Vedlas
aquí mismo, al alcance
de la mano: las cosas.

La luz no entra en las cosas.
Resbala, sí, sobre ellas, mansamente,
pero no entra; las ciñe,
las acaricia, las envuelve.
Como el mar en las peñas,
la luz sobre las cosas muere.
En su fondo insondable,
la noche siempre.

Y él, en el tiempo, absorto.
—Pasan sonrisas, rostros.
El solo en sombra, solo
cerrado, oscuro —tronco,
torre—.

La luz, en torno.
El, tan cerca, tan próximo,
¡qué lejos, qué remoto!
Un hombre, ved: recóndito.
Secreto: un hombre solo.

NIÑO

Oh, niño, o tierno pino,
sencillamente como el color de rosa.

Mirándote a los ojos,
el mundo toma forma de paloma.

Se hace cándida y nueva
la voz, si se te nombra.

Niño: un cabello tuyo
puede bastar para dorar el mundo.

AL LLAMAR A UNA PUERTA

Al llamar a una puerta
siento de pronto un miedo inexpresable.
He llamado con los huesos de mi mano,
y ha sonado la madera oscuramente,
como un árbol en el bosque.
Detrás, está el misterio,
el silencio, la sombra,
quizá unos pasos leves, un crujido:
todo, como la muerte, al otro lado.

VERBO

No nombréis, no, las cosas con palabras o tristes
piedras sin luz caídas sin forma sobre el barro.
No toquéis la palabra, no su herrumbre velando
la desnudez primera del verbo, cuando sólo
era un ascua irradiando en soledad su brillo.
No toquéis la palabra: ya, marchita, no dice
la diáfana presencia de las cosas, oh, arcángel
caído; oh, melancólica ceniza sin destello.
En el origen era la soledad del mundo;
era la luz, su espejo cegador, hostigando
bultos, formas, volúmenes, erigiendo presencias,
triunfadoras, radiantes, en el día: las cosas.
Y, de pronto, fue el hombre, fue su voz instaurada;
y nació la palabra, fruto que ya sus dientes
implacables devoran.

No, no toquéis el mundo con palabras o barro.
El verbo ya ha perdido su resplendor purísimo,
su creador destello. No nombréis, no, las cosas
con palabras, ya sólo formas vacías, torpe
materia que no expresa vuestra dulce congoja,
nunca, nunca aplacada.

Un hombre, ved: silencio, secreto irremediable.

HABITANTE EN EL SUEÑO

PADRES

Es fácil olvidarlo.
Es sencillo creerse nacidos una tarde cualquiera, en un crepúsculo,
en un ardiente mediodía;
nacidos sin remedio,
llegados a la vida sin puentes, como se dice una palabra,
o, más bien, como un rayo de sol que, de pronto, nos roza.
Nacidos de una madre, sola como una roca,
en cuyo dulce vientre, en cuya tibia sangre nuestra carne se arraiga.
Es fácil olvidar que hubo un hombre en un tiempo,
que hubo en un tiempo otra mujer, que hubo
unos dientes blanquísimos,
fulgurando en el fondo de una gruta.
Es sumamente
fácil desentenderse de estas cosas,
y no querer saberlo, y olvidarse
de que allí continúan, sentados en el tiempo,
oh, padres melancólicos, irremisiblemente desterrados,
tendiéndonos sus brazos en la noche,
solos,
definitivamente solos.

ELEGIA POR UN HOMBRE DE CROMAÑON

Te he dejado vagando por bosques prehistóricos,
atravesando su luz malva, tristísima,
abandonado en medio de un mundo gigantesco
con tu dolor antiguo,
sin saber que eras tú quien habita mi edad y mi tristeza,
hasta el punto de que incluso el sabor de tu pecado permanece en mi
[lengua
como una verde oruga sobre el haz de la hoja.
Padre, remotísimo padre
de Cromañón, perdido
como un niño en las selvas cuartenarias,
perdido por la sangre, continua,
fidelísima sombra de ternura,
voz que en la noche y en el sueño dice
mi nombre.

Todavía,
como entonces, arrastras tu insaciedad a solas,
inquiriendo a la muerte desde el fondo
de una caverna
o el interior de las habitaciones;
todavía en tus dientes, en los míos,
fulguran frutas, senos mordidos y gargantas
desgarradas.

El mundo
se ha poblado entre tanto de ventanas y fábricas,
y van rostros de niebla, espejos empañados,
rostros grises, de nadie, rostros sin forma, rostros,
y trajes y corbatas... Pasan rostros,
dos mil setecientos millones de rostros para un hombre
perdido en su misterio.

¡Remotísimo padre
de Cromañón, vagando
por los siglos, huyendo por la sangre,
padre de llanto, padre de congoja,
padre de insaciedad!

SOLA

En el principio eran el árbol y la desnuda piedra,
y era el fuego y su ojo horadador, y eran
unas pupilas acechantes, unos dientes y su brillo en la sombra,
y eran, en fin, la caverna y el miedo.

Y tú, sola, esperando. ¿Qué esperabas, oh triste, oh absorta? ¿En qué
[secreto
tu frente pensativa?
Todavía ignorabas el amor, su encrucijada súbita,
y ya en el fondo de tus ojos, palpitante, mi vida.
Nada, nada sabías, ni siquiera
que, en un tiempo lejano,
yo diría tu nombre tristemente,
buscándote, indagándote, nadando hacia el origen,
hacia tu imagen, perdida en las primeras
nieblas del mundo.

Oh, madre, yo he sentido
tu presencia espectral vagando por los siglos atónita
con mi muerte en tu vientre.
Te he visto caminar traspasada por la luz del ocaso,
y he seguido tu cabellera, su largo rastro, su imposible caricia,
sumiéndose en las selvas,
tal un astro que de pronto atraviesa la noche y en la sombra se anega.
Me miro en el origen,
dulce, continuo sueño que en tu frente se extasía; me miro,
ya muerte tuya, en tu mirada absorta,
madre antigua e inmóvil, madre definitiva.

LUNA

Te he contemplado, he alzado hacia ti el rostro;
millones de hombres, millones de muertos antes que yo lo han hecho;
millones de hombres te han contemplado absortos,
luna, o ceniza en soledad vertida.

Pero hubo un hombre, aquél, precisamente,
el que yo busco, el que yo indago con mis versos,
que te miró en silencio en la primera noche
del mundo.

El levantaba también su frente *pensativa*
hacia ti, oh solitaria.
El inquiría. Siempre.
Parada en medio de la Tierra
su torre de preguntas.
Un hombre hubo —aquél, precisamente—
que alzó su rostro hacia tu luz, caída
vertical en la noche,
y se sintió bañado en su estaño tristísimo,
attravesado por su claror, su secreto espectral, su rielar estático.
A ti, a ti dirigía su desolado grito,
su insaciada congoja.
Por él te llamo ahora, por su imagen
olvidada en el fondo de tu ojo sin sueño.
Por él pregunto. No sé su nombre, ignoro
si tiene nombre alguno, pero basta
decir su pena solitaria, su triste
reinar bajo los astros,
para que reconozcas su recuerdo, ya eterno
sobre tu espejo unánime.

LLANTO POR LOS MUERTOS

Lloro por esos muertos sin nombres ni apellidos,
por todos esos muertos que caen en las esquinas
y por los que se pudren en las fosas comunes
o flotan en las tinas de fenol de San Carlos.

Por los muertos de nadie, tal vez ni de ellos mismos;
por esos que nos miran desde su orilla última;
por los tristes cadáveres que nadie ha reclamado
y se abandonan, solos, a su propio secreto.

Y también por los míos y los de cada uno,
siempre como dispuestos a llamar a la puerta,
sin querer convencerse de que ya no hay remedio
porque hasta los retratos se han vuelto ya amarillos.

Lloro por los ahogados que incluso el mar rechaza
como a odres monstruosos o boyas increíbles;
por los que las gaviotas cavaron las entrañas
o aquéllos, tan intactos, que aún llevan sus zapatos.

Lloro por esos muertos encontrados el alba
que ensombrecen de pronto los muros de los pueblos;
y por los vagabundos que buscan los rincones
para morirse a solas mientras un perro ulula.

Por los muertos de ahora, de este preciso instante,
que muerden con sus dientes el último resuello;
por los otros, tan viejos y tan definitivos,
que aún siguen acostados en la misma postura.

Lloro por esos muertos negados por tres veces
que acaban resignándose y se alejan despacio,
y también por los otros, los que no se resignan
y arañan en la puerta desesperadamente.

Por los muertos de niebla, sin rostro ni ademanes
para que su recuerdo no vuelva a perseguirnos,
y por los que nos hunden su gesto en las entrañas
a fin de ya nunca podamos olvidarles.

Por aquellos que esparcen su hedor sobre la tierra
y por los que desnudan dulcemente sus huesos;
por los que oyen de día el hervor de las larvas
y los que se difunden como arena en la noche.

Lloro por esos muertos obstinados, estables,
que siguen con nosotros continuos y estancados,
muertos inverosímiles, como ese muro absurdo
que se sostiene, solo, después de un bombardeo.

Y también por los otros, los desaparecidos,
los que no ocupan sitio, los abstractos, los nada,
los que apenas dejaron en el aire una huella
como la que en la almohada imprime una mejilla.

Lloro porque están muertos definitivamente,
muertos a cal y canto, lacrados y sellados;
lloro porque sus dientes aprietan su secreto;
lloro sobre su último silencio irremediable.

Tengo tantos motivos para llorar por ellos
que llevo por los muertos la cuenta de mis años,
porque vivir es eso rezar su letanía,
ir diciendo uno a uno los nombres de los muertos.

Lloro por todos juntos, por los que aún tienen nombre
y los que lo perdieron a fuerza de alejarse;
por los que, treinta años o un instante, estuvieron
girando a nuestro lado como tristes planetas.

Lloro porque me canso de enumerar los muertos,
de contabilizarlos, de llevar su estadística;
lloro porque bebieron también de nuestro aire
y están muertos ahora inexplicablemente.

ELEGIA A LAS ONCE

Escribo por vosotros, mis crueles amigos,
que rompéis a pedradas y gritos mi conciencia
tranquila; por vosotros, que envenenáis mis sueños
honrados y neutrales de funcionario público.

Porque, precisamente por vosotros, se acusa
un hombre que se llama Manuel Alonso Alcalde,
que, por supuesto, no ha hecho daño a nadie a sabiendas
y hasta ahora dormía de un tirón sus ocho horas.

Pero ahora sé que hay hombres azules y violentos
que viven en reservas como los pieles rojas,
y cuando en la taberna beben vino los sábados
se dejan olvidada en el vaso su cólera.

Son hombres que levantan dos manos formidables
que no han sabido nunca sostener una rosa,
hombres que cada día despiertan a las cinco
bajo el cielo increible de chapas y uralita.

Hombres que ya conocen, sin haberla probado,
el sabor imposible de la sangre en la lengua;
hombres que reinan solos, rechazados y últimos,
sobre una primavera de botes oxidados.

Hombres que cada día, selváticos y antiguos,
arrancan a mordiscos su rebojo de vida,
mientras oyen, en sueños, caer sobre el tejado,
lloviendo mansamente, las Bienaventuranzas.

Por vosotros escribo, mis crueles amigos
que envenenáis mis años; me acuso por vosotros
de los ochenta duros que envidé con dos jotas
y del whisky con soda que bebo a mediodía.

Me acuso de mis buenas costumbres, de mi sueldo
cobrado puntualmente los días treinta y uno,
de mi batín de seda, de mis limpias cuartillas
y hasta de esta tirada de alejandrinos blancos.

Porque existís vosotros, y yo tengo mis libros;
porque me odiáis vosotros mientras fumo una pipa;
porque escribo en silencio a la luz de una lámpara
oyendo sólo el vuelo del sueño de mis hijos.

Protesto y me rebelo por vosotros, amigos,
porque oigo vuestros pasos de alpargatas de esparto,
y os miro, cavernarios, en la noche sin luces,
veinte mil años antes de mi Parker 21.

Que estáis solos, sabedlo, definitivamente,
remordiéndome, hiriéndome, desvelando mi sueño,
y escribo por vosotros oyendo vuestros pasos
igual que si vivierais en el piso de encima.

Vosotros, a distancia: a kilómetro y medio:
pena a aquél que se atreva a franquear la frontera:
pertenecéis al mundo de las coles cocidas,
no al nuestro, tan decente, donde todo está en orden.

Os digo que a distancia, en los últimos barrios,
donde ya no florecen las señales de tráfico
ni afilan en la noche las esquinas el cuerno
que desgarra las medias a las pobres trotonas.

Allí, precisamente, donde se acaba el mundo,
donde empezáis vosotros, mis crueles amigos,
que estáis rompiendo a gritos mi conciencia tranquila
y habéis envenenado mi sueño para siempre.

Porque ya no es posible que deje de acusarme
de mis treinta y siete años ganados sin esfuerzo
y sé que, al afeitarme mañana ante el espejo,
me obligaréis vosotros a apartar la mirada.

CEUTA

CIFRA

Os digo un nombre, una ciudad ungida:
digo perseverantes primaveras,
digo una pirotecnia de palmeras,
digo muros de cal enardecida.

Digo una luz total, incontenida,
y sombras de pinares y laderas,
y digo, en fin, el mar y sus fronteras,
el mar y su continua acometida.

La ciudad que pronuncio, lo que digo,
limita al Norte con la siempre-orilla,
con el siempre-camino de las olas.

Brújula al siempre-mar, por donde sigo
el siempre-rumbo de la siempre-quilla
hacia las siempre-costas españolas.

SUEÑOS

A nieblas de nostalgia me convoca
tanta piedra varada en el pasado;
a sueños, tu soñar inacabado
que el Mediterráneo desemboca.

Aún pasan, sombras ya, frente a tu roca,
naves fenicias de remar dorado;
aún las quillas de Grecia; aún el ferrado
rostral romano y su embestida loca.

Aún vagan por el aire, desvaídos,
Hannon, Calipso, Ulises, las Hespérides,
exilados del tiempo, preteridos.

¡Y aún palpita en el aire aquel minuto
en que el sueño cedió sus efemérides
y se te abrió la historia como un fruto!

ISLA

Isla de luz para la luz nacida,
nave feliz latinamente anclada,
nave en la mar, nave en la luz varada,
por mar y mar y luz y luz mecida.

De tanta mar y tanta luz henchida,
que de luz y de mar nació embriagada;
que por el mar, pasada y traspasada,
que por la luz, vivida y revivida.

Así, en su singladura navegante,
paraíso a Calipso destinado,
te vio Ulises surtiendo de la orilla.

Y así pudo olvidar su amor constante,
embriagado de luz y enajenado,
como yo mis nostalgias de Castilla.

MADRIGAL CON HERCULES

Hércules tronchó al paso y trajo en vuelo
a esta orilla, la flor recién cortada,
no por dar a la rosa trasplantada
distinta savia de distinto suelo.

Que fue que soñó a Ceuta bajo el cielo,
sola, blanca, feliz, trasfigurada,
y la dudó, de tan iluminada,
si rosa, si ciudad, en su desvelo.

Que si sí, que si no, que alegremente
—que Hércules fue en su enjundia y en su traza,
un San Cristobalón de la alegría—,

la hizo ciudad y rosa finalmente,
y, satisfecho, volteó su maza
y se alejó para la mitología.

SEPTA

Siete colinas cuentan, loma a loma;
siete continuadas primaveras;
un vaivén siete veces de laderas;
siete blancuras donde el sol se aploma.

Para siete nidadas de paloma,
siete olas paradas y cimeras:
siete colinas donde perseveras,
Ceuta feliz, como la misma Roma.

Que por siete que cuentan, como en juego,
un nombre te nació deletreado,
el nombre alegre y blanco que mereces.

De siete a Septa un primer brinco, luego
un salto más, y el nombre terminado,
siete veces hermoso, siete veces.

ENCUENTRO, al que el profesor Lacalle consideraba uno de los libros de poesía religiosa más importantes de los últimos años, se publicó en 1965, en Ceuta (Ed. I.N.E.M.), y, en 1966, resultó nominado para el Premio Nacional de Literatura de aquel año.

La crítica que se ocupó de este volumen, fue unánime en considerar su rabiosa autenticidad, el calor lírico que se desprende de sus versos, y la liberación, voluntariamente asumida por el autor, de cualquier tipo de traba formal que condicionara su inspiración. Para no cansar al lector con juicios y opiniones, nos limitaremos a transcribir el que emitió Luis Jiménez Martos en «La Estafeta Literaria» del 20 de noviembre de 1965:

> «Allá por los años cuarenta y aun después, abundó una poesía religiosa muy dolida y galleante de tono, muy tronadora y angustiada. Fue cuando se pudo decir que Dios, en muchos casos, pasaba a ser un recurso de gran retórica y hasta un ripio. Luego varió el aire y la forma de decir esas cosas tan de primera importancia; vino el momento —este que vivimos— en que el catolicismo ha mirado hacia dentro y hacia fuera, sin temor, para darle a lo evangélico nueva fuerza. En vez del Dios terrible, al que bastantes poetas suponen sordo, aparece en los versos Cristo, el amor, la preocupación social, desde otro lado que el más frecuente hasta ahora. Mi impenitencia de lector me permite asegurar que lo religioso poético persiste y seguramente vamos a asistir a otro renacimiento del mismo, a otro modo, acaso menos metafísico, de manifestarlo.
>
> Entro en materia con una afirmación: este libro de Manuel Alonso Alcalde representa de lleno el espíritu cristiano revitalizado. Es oportuna su salida. El encuentro con Dios, del que parte el poeta, supone el fin de una crisis, individual naturalmente, pero aplicable a radio extenso. Es aquí Cristo —*mi inesperado, mi llegado Cristo*— quien impulsa hacia un sentimiento y entendimiento de la realidad impregnados de emotiva y muchas veces golpeante dicción, como propia de quien de pronto recupera lo perdido. A esta luz, para Alonso Alcalde estrenada, el prójimo adquiere la primerísima dimensión que tiene en lo cristiano, de ahí que sea muy significativo el poema *Secuestro,* donde Alonso Alcalde se anticipa a quienes puedan pensar que hace demagogia. (Por supuesto, Cristo es de todos.) Vibradoramente y con excelente adecuación entre palabra y sentido, el tema central deja ver sus varias perspectivas —íntimas o sociales—, el claro esfuerzo por darle otro fondo a lo que poetas de distinto cuño han llevado y llevan a la poesía. Pero como en éstos, la encarnadura es neorrealista, incluso en la visión de la Virgen, que

recuerda la de «El Evangelio según San Mateo». Muchísima ternura queda volcada en esa *Salutación* con cita de Peguy. Junto a los dos poemas citados, hay que destacar *Isla*. Forman un trio importante. *Encuentro* tiene garra, impresiona por lo que viene a decir y por cómo lo dice. Llega de pleno; no es un libro más; va en una corriente que entre nosotros ha sonado poco hasta el día. La andadura poética de Alonso Alcalde alcanza con estos versos una buena desembocadura, una auténtica madurez.»

* * *

PROLOGO

De improviso,
como un golpe de viento que al doblar una esquina nos arrebata de un aletazo el alma
y la lleva rodando, calle adelante, sin esperanza de volver a encontrarla;
o como quien se asoma a una terraza a mirar las estrellas,
cansado del estúpido olor que emana de los escotes y las trompetas con sordina en un baile,
y al contemplar la hermosa lejanía de Las Pléyades,
o la nebulosa de Orión, suspendida como un poco de humo en el aire parado de la noche,
descubre de repente que la marea de astros,
con su inmenso oleaje, con su rumor de eternidad, no deja
—tal la rompiente un grito—
oir las tristes vocecitas, frenéticas de puro desamparo,
del twist, el rock y el madison;
así, súbitamente,
cuando menos se espera, como digo, caemos
—un segundo, no más— en un vacío
abisal, profundísimo,
un vacío sin término
como una escalera de caracol que nunca termina de rizar el rizo,
y nos conduce dentro, cada vez más dentro de nosotros mismos,
cada vez más al fondo de nuestro propio asco,
igual que en una pesadilla, una noche cualquiera,
aprendemos de pronto lo que puede ser el interminable descenso a la muerte.
Y es en esos relámpagos que, a veces,
llegamos a tocar la roca viva del absurdo,
la raíz de nuestro continuo preguntarnos qué hacemos aquí, sobre la Tierra,
esperando no se sabe qué luz inevitable;
venidos de la Nada; caídos en el tiempo; flotando en medio de los siglos como un fruto en el agua;

asombrados, absortos de estar vivos inexplicablemente;
sumergidos sin saber cómo en un mundo de sueño;
buscando una razón que explique, por ejemplo, la existencia
de los espejos, la purpurina oro, los vestidos de noche, los tacones, los guantes,
las puntas de un pañuelo de bolsillo,
o los saxofones tejiendo por la pista de baile su tela melancólica
donde el sexo se debate como una mariposita malva.
Y entonces,
después de haber gritado en el silencio una vez y otra con ira y con tristeza,
cuando nada responde,
cuando nos sentimos envueltos como por una niebla cárdena sin contornos ni límites,
mientras el corazón revienta de insaciedad; entonces,
únicamente entonces,
damos por fin contigo, Padre mío, Dios mío,
como esos abejorros, torpemente tenaces,
que rebotan con un sordo rumor en los cristales cuando encuentran la luz!

ENCUENTRO

Cristo mío, mi Cristo cotidiano,
mi inesperado, mi llegado Cristo:
diez años braceando entre las sombras,
diez años justos sin volver los ojos
hacia Tu siempre y única presencia.
Yo te había perdido. No es que hubieses
emprendido algún viaje, una de aquellas
caminatas con sol, pitas y olivos
que te llevaban de una parte a otra,
de Siquem a Betania, verbigracia,
sino que te me habías extraviado,
como de niño, cuando lo del Templo.
Diez años justos: los que tiene ahora
mi hijo José María, y, sin embargo,
nunca habías dejado de estar próximo.
Quiero decirlo, proclamarlo a voces,
gritar Tu nombre, confesarte, Cristo,
única realidad que no confunde,
única, fiel, tiernísima certeza.
Ya no soy ningún niño: he conocido
la tristeza que invade a los cuarenta
años; tengo hijos, casa, libros, versos,
mucho vino bebido, mucha pena,
muchos turbios pecados. Por lo mismo,
si digo Cristo mío es porque nada
podrá arrancarme ya de Tu costado;
viviré pegado a él, y, llanto a llanto,
en que si me abres o si no me abres,
horadaré los muros de la Casa,
hijo pródigo, en fin, recién venido.
Es difícil entrar. Ellos, los Tuyos,
Pedro, Santiago, Juan, Tus pescadores,

no tuvieron problema, no lo tienen;
y, aunque hediendo a pescado y con las manos
casi embotadas para la caricia
—recias de izar las artes, padecidas
de lañar peces y tirar del remo—,
saben que estás de par en par abierto,
porque por ellos fue, por los malditos
de la Tierra, los pobres, los parados,
los perseguidos, los sin esperanza,
por quienes te instalaste entre nosotros.
No importa que blasfemen o te ignoren,
puesto que tienen Tu palabra, Cristo;
no necesitan más que su miseria
para franquear Tu corazón; les basta
con enseñar las Bienaventuranzas
como un salvoconducto ante la puerta.
Pero yo, Cristo mío, con mis manos
yodadas de balandro y excursiones,
con mis corbatas de cuarenta duros,
con mis camisas caras, con mi whisky,
mi automóvil, mi poker, mi bufete,
donde sobre la mesa se amontonan,
bajo una losa de papel de oficio,
nombres de hombre y lágrimas auténticas,
¿qué puedo hacer para que me conozcas?
¿Cómo voy a esperar que mi camello,
cargado de pecados y molicie,
penetre por el ojo de la aguja?
No obstante, aquí me tienes, Cristo mío,
con todo mi cinismo vuelto en llanto.
Te negué por tres veces, por diez, veinte,
setenta veces siete, en estos años,
pero al fin te he encontrado y te me entrego.
No me defiendo: toda mi experiencia
profesional se estrella ante Tu rostro.
No me resisto, ni siquiera intento,
haldeando los vuelos de la toga,
subir, código en mano, a los estrados,
o convencerte de que Tus palabras

admiten otras interpretaciones.
Tú sabes y yo sé que no hay engaño;
los dos sabemos que los poderosos
—dos mil años bañándose en Tu sangre—,
aunque se han repartido hectárea a hectárea
la Tierra y letra a letra el Evangelio,
no se repartirán Tu Reino nunca.
Lo dijiste: está en juego Tu palabra.
Nos rehuyes, nos rechazas, nos aventas,
como trigo maldito, de Tu lado.
¿Qué puedo hacer entonces con mi vida?
¿Qué puedo hacer conmigo? ¿Qué me pides?
Estoy dispuesto, Cristo mío, a todo,
incluso hasta arrancarme de mí mismo,
con tal de no perderte. Estoy dispuesto,
para participar de las migajas,
a deshacer mi vida entre Tus manos,
a disolver mis años en Tu sangre,
a romper con mi nombre para siempre,
a hacerme de los Tuyos como sea.

ASCENSION

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz; subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran las ocho en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías
despacio, retrasando los adioses
últimos; ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por la vides.
Porque era triste abandonarlos ahora,
precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y a oler a humo triste en los suburbios.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros
de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos, allí, en el suelo los que habían
compartido contigo su tartera.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes:
jornaleros, mineros, pescadores,
peones, emigrantes —los de siempre—,
viendo Tu remontar irremediable.
Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tu aletear arriba y, en la peña,
Tus alpargatas, Tu mahón gastado
de carpintero. Que te ibas, y ellos
se quedaban allí sin comprenderlo,
con miedo, como niños, de la vida.
Y dicen: ¡vuelve!, y sigues; y repiten:
¡vuelve!, y, como una piedra en un estanque,
la tarde, en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

AMAOS

Se cruzan, nos cruzamos
por las aceras: hombres
grises, que pasan; hombres,
y trajes, y corbatas;
hombres que nunca vuelven
los ojos, que caminan
obstinados, como islas
de soledad y olvido.
¿Dónde el amor? ¿Qué se hizo
(van y vienen, tropiezan,
se adelantan, se cruzan)
de Tu palabra: amaos
los unos a los otros?
(Desterrados, distantes,
pasan, se encuentran, siguen:
sombras entre la niebla.)
Pero dices, repites:
amaos. Nadie oye.
(Hostiles, sin sonrisa,
esperanza ni rostro.)
Amaos. (Hombres grises,
solitarios, perdidos
en su propio secreto.)
¿Y el amor, Cristo mío?
¿Dónde, dónde, en qué tierra,
en qué sorda pizarra,
sobre qué pedregales
fue a caer su simiente?
(Pasan, pero no miran;
se cruzan; mueren solos
sin haber mirado.)

Amaos. (Por las calles,
ropa con ropa, casi
mirada con mirada:
tan cercanos, tan próximos,
y, en el fondo, qué lejos
entre sí, qué remotos.)
Y Tú, otra vez: amaos.
(Apresurados, ciegos,
avanzan, pasan, huyen,
se alejan para siempre,
sin haber pronunciado
jamás hemano o prójimo.)
Y Tú insistes: amaos.
Nos dejas, nos concedes
esa última esperanza.

HA MUERTO UN HOMBRE

Ahora, en algún sitio,
mientras voy escribiendo estos versos que en realidad podrían ser un llanto por alguien,
precisamente ahora,
hay un hombre que acaba de morir; no pregunto quién era
porque es más probable que se trate
de un hombre sin historia, uno de tantos
como cruzan el río
sin haber revelado su secreto,
con los labios sellados
y el rostro vuelto a la pared: sencillamente, digo
que ahora, en algún sitio, ha muerto un hombre.
Es sólo una noticia.

Un hombre, en cualquier parte: tal vez en esta calle;
quizá, por el contrario,
lejos, muy lejos, en el Vietnam o el Gólgota, quién sabe;
pero el caso es que ha muerto hace un momento
y que ya, desde ahora,
nadie puede sentirse seguro por completo de estar libre de culpa,
proclamar su inocencia
sabiendo a ciencia cierta que no ha tomado parte en esa muerte,
ni volver a tender las palmas de sus manos
sin miedo a que la luz revele sobre ellas la sombra de algún crimen cometido a distancia.

TU RASTRO

Tu rastro está ahí: podemos
seguirle, recorrerle
como un largo reguero de sangre goteada;
andarle paso a paso,
caminar detrás de él hasta el barrio de Harlem, verbigracia,
o ir, huella sobre huella, a parar a las tristes esquinas de Pigalle.
Que Tu rastro nos lleva
por todas las aceras, por todas las ciudades por donde Tú has pasado,
por todos los calvarios
donde cada mañana, con las primeras luces,
se descubre colgado de una cruz algún nuevo cadáver insepulto
que, sin embargo, ha de seguir viviendo;
nos lleva hasta unos hombres que mueren cada día
—una vez cada día—
sin llegar a saber lo que es oir hermano
ni haber probado nunca la miel de la esperanza.
Tu sangre, por las calles, caída trecho a trecho, atravesando
como una senda el mundo,
cruzando por el medio arrabales y fábricas,
salpicando portales
sin placa,
callejones sin luz,
tumbas sin lápida,
coches celulares, sirenas
de ambulancia,
pozos de mina, muelles, sacos
terreros y alambradas,
nos guía, nos conduce
al lado de unos hombres sin nombre ni apellidos
que van agonizando minuto tras minuto cuarenta o cincuenta años,
sin sospechar siquiera
que Tú estabas con ellos, que eras de ellos,

que ibas por la calle como ellos con la ropa gastada y el alma desteñida,
y entrabas en montón, junto a ellos, al taller o la cárcel,
o, como ellos, aburrido de todo,
un buen día te dejabas morir de una vez sin volver la mirada ni cambiar de
[postura.

TU GRITO

Desde la Cruz, en alto, con un grito, diste cara a la muerte
(un solo grito, que sepamos, a lo largo de Tu vida mortal;
una gran voz, registrada con asombro por los evangelistas,
que acaso nunca llegaron a comprender cómo un hombre
a quien momentos antes habían visto morder con ansia el último resuello,
un cuerpo agonizante,
a punto casi de soltar amarras,
casi en la orilla, casi en la frontera,
pudiese todavía blandir como una espada su clamor victorioso):
Tu grito, proyectado
hacia los cuatro puntos cardinales,
para dar testimonio de Ti mismo,
para que nadie se llamase a engaño
y fuesen a creer que Tu verdad hiriente iba a morir contigo clavada y desangrada.
Ya nunca volverá a haber silencio sobre la Tierra, nunca
paz, que ese grito Tuyo
resuena desde entonces, ensordece desde entonces el mundo,
traspasando como un acero al rojo las edades, los siglos.

Es inútil. Lo oímos,
seguimos escuchándolo;
inútil resistirse,
taparse las orejas con cera,
atronar las ciudades con sirenas de fábrica, bocinas, altavoces y guitarras eléctricas,
esconder la cabeza debajo de la manta,
o caer, como en un tobogán, hasta el fondo de un vaso de ginebra.
Huid de ese obstinado grito que irremediablemente nos acosa;
lo mismo da: ya nadie, haga lo que haga,
podrá dejar de oirlo,
nadie encontrar la paz, dormir tranquilamente,
podar rosales o pintar de verde las ventanas de su chalet de veraneo,

pasar los fines de semana esquiando en la Sierra
o calcular los intereses de su cuenta corriente.
Porque Tu grito está ahí, incólume, clavado
en medio de la Tierra,
hiriendo, flagelando:
Tu poderoso grito que nos despierta a altas horas de la noche con el corazón oprimido
y nos obliga a levantar las palmas y mirar con horror nuestras manos vacías,
a contemplar con horror ante el espejo nuestros ojos
donde todavía no ha brillado una sola vez el amor.

Incluimos también en este apartado de la antología que venimos elaborando, algunos poemas de un libro, todavía inédito, que el autor dedica íntegramente a Valladolid, libro —a su decir— en permanente elaboración, pues no lo considera aún concluido, sino, por el contrario, recién iniciado, ya que es su propósito recoger en él sus vivencias más entrañables de la ciudad que le vio nacer, de sus paisajes, de sus recuerdos todos.

I

Desde el colegío veía,
ventana que daba al río,
mi pena de cada día.

Negra la pizarra,
blanca la tiza,
ni una flor en el pupitre,
ni una espiga,
ni un poco de aire de campo,
sólo mis codos encima.

Un niño tras una reja
mirando con ojos grandes
el agua que el río lleva.

Desde el puente, bajo el puente,
hacia el puente va el Pisuerga.
Agua verde,
no para que el niño corra
desnudo por la ribera
no para que el niño nade,
no para remar en ella:
agua para soñar sueños,
para verla.

Desde el Colegio miraba,
ventana que daba al río,
el agua que se alejaba.
¡Dios mío,
cómo se me iba la infancia,
sin saberlo, con el agua!

II

Reloj del Ayuntamiento:
la luna llena del tiempo.

III

El Cerro de San Cristóbal,
¡qué bola de luz, cayendo
verticalmente sonora!

IV

¿La greda, el trigo, el majuelo?
¿Quizá una torre, algún chopo?
No: lo absoluto perfecto.

V

He madrugado, y he visto,
¡Dios nos valga!
que el teso ya no es un teso,
sino un puño que amenaza,
un lamparón de cal viva
nacido en la tierra parda,
árido dolor de sombra,
perfil de greda encrespada...
Pero sale el sol: Castilla
de nuevo, enteriza y calma;
el teso otra vez es gleba
resignada.

VI

El Conde Ansúrez tenía
en el hombro una paloma.
¡Cómo lucía de blanca,
cómo lucía
sobre el metal de la cota!

VII

Oh, Plaza Mayor,
¿quién te ha puesto triste?
¿O el triste soy yo?

(Murciélago negro,
por los soportales
el tiempo se cuelga,
el tiempo pasado,
por vigas y cables.)

VIII

Por San Martín la cigüeña
y por la Antigua, la tarde
que en los tejados se cuelga.
Y allá lejos, los pinares,
la soledad y los campos
de nadie.

Castilla detrás de todo:
Valladolid en los ojos,
contando leguas antiguas,
contando torres y tejas,
años, majuelos, cigüeñas,
trigos, hazas...
¡Qué larga
la cuenta que nunca acaba,
pero qué larga!

y IX

ODA, SIN TIEMPO, PARA VALLADOLID

¿Fue alguna vez la luz tan fulgurante
como la estoy soñando,
un órgano triunfal al mediodía,
un violín glorioso en el ocaso?
¿O es mi recuerdo, que aún insiste
en contemplarte desde mis antaños,
no como eres, como eras, ciudad mía,
acarreada por un viento manso,
como la última nube de la tarde
al último horizonte de los campos?
Yo así te veo, si me miro dentro,
Valladolid lejano,
encendido, a lo lejos, de torres y vidrieras,
o anegado en un agua de atardecido caño,
agua de música, agua de campanas,
agua de matariles y amboatos...
Veo espadañas y cimborrios;
diviso piedras como barcos
que mecen los tejados de la tarde
en su oleaje abstracto;
nombro calles, portales;
designo esquinas, patios;
oigo pisadas; reconozco
tapias, fachadas, barrios,
y no sé si te pienso o si me piensas,
Valladolid pasado,
si estoy fuera del tiempo
o eres tú el tiempo para siempre intacto.
¿Fue así la luz alguna vez, pregunto?
¿Llevaba el río acaso
chiribitas colgadas de los remos,
fluviales astros diurnos rielando?

(El río pasa, eternamente pasa, pasa con su agua verde, su agua de
[barro, pasa,
y nadie, yo tampoco, puede bañarse dos veces en un Pisuerga de agua,
si quizá, en un Pisuerga de sueños y nostalgia;
nadie encontrará ya nunca aquella forma hueca de un cuerpo que se baña,
la impronta de mi cuerpo en el agua,
el molde, bajo la superficie, que quedó de aquel cuerpo traslúcido y
[dorado que nadaba,
golpeando pedernales acuáticos para encender espumas mágicas,
mientras lenta, qué lenta, qué lentamente derivaba
mi lancha
hacia el embarcadero del Catarro, el camino de sirga, la ribera o las
[zarzas.)

Camino tus plazuelas
donde el tiempo dormía, fermentando,
cociendo
año tras año
un mosto de silencios, patinetes,
trenzas, combas y diábolos.
Decidme si fue así o es que lo sueño,
lo soñaré, ya lo he soñado:
Valladolid, una isla suspendida a flor de tierra,
eternamente quieta en el espacio.

(El reloj consistorial continúa detenido en su inmutable plenilunio,
espolvoreando sobre el arnés del Conde una arenilla de minutos,
por más que no, que ya no, que ya no son aquéllos, porque nadie se baña
[dos veces en los mismos minutos
con los que uno paseó por la acera pantalones cortos, pantalones bom-
[bachos, pantalones largos, libros y humo,
parada siempre en su hombro una invisible paloma de júbilo,
amaestrada para recorrer la ciudad con mis quince, diecisiete, veintiún
[años a punto,
y hasta para regresar, medio siglo después, a posarse, como ahora, en mi
[puño.)

Tal vez no sea un sueño solamente,
puesto que estás ahí, donde has estado
siempre; no sólo un sueño,
puesto que veo tormos y terrazgos,
algún liño de chopos, alguna aventadora
inmóvil desde siempre como un buque varado,
y reconozco en ellos
la eternidad del campo castellano;
y si me salen, de improviso,
al paso
calles recientes, avenidas
que nunca he caminado,
puedo identificar rápidamente
entre el rumor del tráfico
el terco crepitar de los nudillos
con que la tierra eterna golpea en el asfalto.

(Mi amor sigue esperando mi silbido,
todavía esperando detrás de los visillos,
Duque de la Victoria, número 18, un mirador dormido
que existe, existirá siempre, puesto que yo aún existo,
ella allí, alerta a mi llamada, para salir después con los meñiques enlazados
[a pasear por cualquier sitio,
mientras voy a su lado, en las aceras, hay pétalos azules y amarillos,
mi único amor, el mismo,
pues nada cambia cuando se han dibujado a punta de navaja dos corazones
[líricos
creciendo allí milímetro a milímetro,
izándose, creciendo, hasta alcanzar, juntos así, al unísono
la zona de los pájaros, las frondas, el azul de una tarde de junio donde
[reside el paraíso,
el mismo amor, el mismo,
Valladolid de entonces, que se me hizo,
sin saber cómo, amor definitivo.)